

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII.

DIARIO DE LA NOCHE.

NÚMERO 7893.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Cartagena.—En mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16.º de cada mes.—Corresponsales en París para anuncios y reclamos, Mr. A. Lorette, rue Caumartin, 61.—John F. Jones 3, bis, rue du Faubourg-Montmartre.—En Londres, 166 Fleet Street E. C.

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

Número suelto 15 céntos.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MEDIERAS 4

VIERNES 9 DE MARZO DE 1886

La higiene en el paludismo

Que es de altísima importancia la endemia de que nos vamos á ocupar, no hay para qué demostrarlo; su importancia está en el ánimo de todos. Su geografía médica nos lo pone de manifiesto, al ver por ella que la infección palúdica es la endemia más extendida que se conoce.

Hojeando la historia de Roma encontramos ya su importancia, en cuyo país tantos motivos tiene de sostén, pues sólo con tener en cuenta la estancación de las aguas pluviales, el desbordamiento del río Po, las inundaciones artificiales para el cultivo del cáñamo, esa inmensidad de hectáreas pantanosas entre el monte Artemiso y el mar, ese Tíber que recorriendo terrenos de aluvión va formando en su trayecto ininidad de lagos y estanques salados, y, finalmente, esas lagunas Pontinas; han hecho por necesidad que la influencia febrígena haya contraído en esta nación verdaderos vínculos de arraigo.

Pero no es sólo en Italia donde la malaria tiene su carta de naturaleza. El paludismo deja sentir igualmente sus efectos en las provincias bálticas rusas. En Holanda la vemos también atacar con demasiada rudeza con especialidad en sus provincias septentrional, meridional é inmediaciones del mar Negro. En Bélgica, por los años 1856 á 1860 hizo grandes estragos, llegando la mortandad á cifras verdaderamente aterradoras, que en la actualidad, merced á los trabajos de desecación de pantanos y cultivo del suelo, han disminuído notablemente, siendo ya muy rara entre sus habitantes la muerte por paludismo. Francia también tiene sus departamentos pantanosos, sufriendo, por lo tanto, las consecuencias de la malaria.

En Alemania, con especialidad en las orillas del Elba, reina con tal potencia, que ha tomado en muchas ocasiones la verdadera forma epidémica. También la Turquía europea, exceptuando sus partes montañosas, se halla bajo la acción del paludismo. Grecia podemos decir que es la cuna de las intermitentes, no teniendo ningún punto que se escape á su influencia, pudiendo asegurar con el Dr. Lombard que el paludismo en Grecia es de tal importancia que ha llegado á dominar toda la Patología griega. En Hungría se le ve recorrer el trayecto de sus principales arroyos. En el África, exceptuando el Gobierno del Cabo, también reina con sombreada intensidad, observándose su máximo en toda la costa occidental. Tampoco Portugal se ve libre de esta generalizada endemia, siendo uno de sus focos más principales

las vertientes pantanosas de Tras os-Montes regadas por el Duero; sus provincias más castigadas Lisboa y Oporto. En nuestras Antillas la malaria es un enemigo tan terrible para los europeos como la misma fiebre amarilla.

También en España el paludismo nos combate, y nos combate quizás con sobrada violencia; ahí tenemos como testigos fehacientes nuestras provincias andaluzas; las de Extremadura, las de Alicante y Valencia con sus pantanos naturales y artificiales; Murcia con sus huertas é inundaciones del Júcar, cuyo punto ha sufrido este otoño una verdadera epidemia. Las intermitentes se presentan con suma rebeldía en nuestras provincias mineras, como sucede en Huelva, Almadén y otras, encontrando también manifestaciones palúdicas en las dos Castillas, Cataluña y Galicia.

Creemos baste con todo lo expuesto para comprender que la infección malarica se halla extendida por todas partes, encontrándola lo mismo en las grandes poblaciones que en las más pequeñas aldeas. El agente malarico, ó mejor dicho, el bacilo malarico, que es la causa de las intermitentes y que constituye hoy la verdadera doctrina levantada, después de sus investigaciones en las lagunas Pontinas y lago de Caprolace, por los Dres. Klebs y Tommasi Crudelli, existe siempre en todos aquellos puntos en donde, ya por la impermeabilidad del suelo, ya por el desbordamiento de los ríos ó bien por la falta de curso de las aguas naturales ó artificiales, se producen pantanos igualmente pueden desarrollarse las afecciones malaricas cuando se trabaja por vez primera un campo húmedo, como sucede con las praderas; cuando se hacen calles en distritos urbanos pantanosos; cuando se abren grandes fosos; así se vieron desarrollarse intensas epidemias trabajando los franceses en terrenos situados á bastante profundidad durante el sitio de Sebastopol. El ilustre clínico Trousseau dice á su vez que en el año 1840 observó en París muchas intermitentes y hasta con formas perniciosas al levantar los empedrados para colocar los acueductos.

No pocas veces se ha visto también ser la precursora de una invasión cólera una epidemia de fiebres intermitentes, hecho interesantísimo que por lo menos demuestra cierta mancomunidad genérica entre ambos procesos morbígenos.

El bacilo malaria puede ser transportado por el aire, aunque cuando éste está en calma, su esfera de acción en el radio horizontal, jamás excede de unos 300 á 400 metros. Pero no sucede lo mismo cuando el aire está agitado, que entouces puede emigrar á distancias mayores, sobre todo si el viento es favorable para la trasmisión del miasma. Sobre esto nos asegura el sabio higienista Levy, que los vientos del E. llevaron

de una manera repentina á Inglaterra los efluvios palúdicos de Holanda.

Es indudable que el miasma palúdico se detiene ante los obstáculos que encuentra á su paso, y esto es tanta verdad, que cuántas localidades cercanas á focos verdaderamente pantanosos se las ha visto permanecer inmunes á la endemia, gracias á una montaña interpuesta ó á una gran arboleda. Sancini supone que la presencia de la malaria en Roma, es debida á haber hecho desaparecer un bosque que la protegía admirablemente de las lagunas Pontinas.

La experimentación clínica nos ha demostrado hasta la saciedad, que no hay aclimatación posible para el paludismo, siendo un hecho común la disposición para sufrir esta endemia, pues por más que la vejez presente contra ella cierta inmunidad, se la ve atacar en todas las edades, con especialidad en los primeros veinticinco años de la vida; estando siempre más predispuestos á padecerla todos aquellos sujetos que ya la hayan sufrido una ó más veces. Hecho completamente contrario á lo que sucede con las demás afecciones infecciosas, las cuales por regla general, y sobre todo en cierto periodo de tiempo, habiéndose padecido una vez evitan la aparición de una recidiva.

Ahora bien; de dos modos puede oponerse la Higiene al desarrollo de esta endemia: ya evitando que el organismo humano se infecte; ya haciendo desaparecer los focos infecciosos. En el primer caso, el principal precepto higiénico, con el cual por sí solo bastaría para librarse de ella, sería alejarse de todo sitio pantanoso; pero como á nadie se nos puede ocultar la imperiosa necesidad que muchos individuos tienen de habitar en medio de un foco palúdico, á éstos, pues, han de ir dirigidas principalmente nuestras aplicaciones higiénicas.

Por lo tanto, deben tener muy en cuenta los sujetos que vivan en medio de estos focos ó en sus inmediaciones, que lo que más predispone para enfermar de intermitentes es la extenuación, los enfriamientos y las faltas en el régimen alimenticio; así es, que excusamos recomendar aquí, por ser ya del dominio de todos, las reglas generales de higiene respecto á dietética, vestidos y género de vida.

Deben evitar igualmente ponerse bajo la acción del agente palúdico á las horas de la mañana y de la tarde, pues ya es cosa en extremo sabida que el miasma asociado á las altas capas atmosféricas durante las horas del sol bajo la influencia de la irradiación solar, mientras que fuera de estas horas desciende notablemente, situándose en condiciones abouadísimas de atacar al hombre; por eso es de necesidad higiénica que todas aquellas personas que se ocupen en faenas del campo en países pantanosos no

empiecen sus trabajos hasta después de salir el sol, cesando en ellos antes de que este astro desaparezca del horizonte.

Deberán á su vez reservarse del aire de la noche y de la mañana, beber el agua cocida, no habitar pisos bajos ni sótanos, sobre todo si son húmedos, buscando siempre para vivir pisos principales y segundos, sin perder nunca de vista que el emplazamiento de los edificios en estos sitios han de ser en las alturas y, siempre que sea posible, al abrigo de los efluvios, para cuyo fin se tendrá en cuenta la dirección de los vientos habitualmente reinantes en aquellas localidades, con el objeto de no exponer á ellos las fachadas de las casas, y colocando asimismo en la fachada que esté frente á estos vientos el menor número posible de puertas y ventanas. También se ha recomendado, y no deja de obtenerse con él buenos resultados, el uso moderado de las bebidas alcohólicas, hecho que nosotros hemos podido observar en nuestra práctica rural.

Algunos autores han preconizado el uso del sulfato de quinina, á las dosis de 20 á 25 centigramos diarios, como profiláctico; pero la más sana experimentación clínica nos ha demostrado que no hay agentes farmacológicos profilácticos de las intermitentes, pues, según Chavallier, se han observado afecciones febriles hasta en las mismas fábricas de quinina.

Sentado lo expuesto, con referencia al habitante de los países pantanosos, réstanos ocuparnos, siquiera sea á la ligera, por no dar más extensión á este artículo, de aquellas otras medidas que tienden directamente á combatir la verdadera causa del paludismo, produciendo el saneamiento de los terrenos. Para esto, debe evitarse en primer término las alternativas de inundaciones y desecaciones, impedir la mezcla de las aguas dulces y saladas, dar fácil salida á las estancadas, procurando por cuantos medios sean posibles á la desecación de los pantanos y lagunas, á cuyo fin es necesario impedir la introducción de las aguas afluentes evacuando las que allí se encuentren.

La evacuación de un pantano, siempre que el agua provenga del suelo y la nivelación del terreno lo permita, puede hacerse ya por medio de fosos, tarjas ó canales subterráneos; si la configuración del suelo impidiera la salida del agua, habría que recurrir á la instalación de pozancos. Pero si aún con estos medios no fuese factible la evacuación completa sería indispensable el empleo de máquinas de vapor.

Cuando el agua provenga del subsuelo, el drenaje es el único medio puesto en práctica, y el más adecuado para extraer la humedad producida por la infiltración de agua en la tierra, cuyo procedimiento está reducido, como todo el mundo sabe, á abrir zanjas en el suelo, que se cierran después de haber co-